

De la Isla  
y de las Islas

## SANTA CRUZ Y SUS PLAYAS DE AYER Y DE HOY

JUAN A. PADRON ALBORNOZ

**S**ANTA Cruz de Tenerife, la ciudad que cedió sus playas —Ruiz, La Peñita, San Antonio, Los Melones, María Jiménez, Jagua, Los Trabucos, etc.— al puerto siempre creciente, se mira hoy en la de Las Teresitas.

San Andrés, remanso de paz en el que a la sombra de viejos laureles duerme el centenario castillo, que no derruido por la guerra y sí por el Tiempo, la playa en la que baten las olas teñidas de luz de aurora. Al pie del acantilado se duerme el sol en la arena mientras, en la ribera, sueñan las rocas al ir lloroso de la mar.

Santa Cruz dio con satisfacción todas sus playas para que el puerto —desde San Andrés a La Hondura— lograra su lógica expansión. Así, en labor de años y años, la cordillera de Anaga fue —es y será— inagotable a través de sus canteras, pedreras en nuestro isleño decir y sentir. Fue primero la de La Canaria, que rompió los flancos de la montaña de La Altura por la vertiente de Tahodio; luego fue La Jurada y, más tarde Los Pasitos y Jagua, la que —matrices del puerto— dieron las incontables miles y miles de toneladas de buena piedra de primera que, volcadas en la mar,

hicieron el puerto de la Isla.

Bajo los necesarios rellenos duermen para siempre las antiguas playas de Santa Cruz y, también, las que jalaban el litoral desde la ciudad al buen barrio marinero y agricultor de San Andrés que, por altas carreteras, seguía por un lado a Iguete y por otro a Taganana y sus barrios llenos de paz y encanto.

Han muerto las antiguas playas que velaban junto a la ciudad que, sedienta de brisas, se tendía como un vuelo de blancas gaviotas a la vera del Atlántico.

Santa Cruz dio con satisfacción

todas sus playas pues entonces se sabía, con certeza plena, que eran necesarias para lograr el puerto que, poco a poco, cerca de ellas nacía y crecía.

Al redoso del Muelle Sur —nuestro antiguo y entrañable Muelle Sur— todo era playa, mar domesticada que, sin ímpetus, rompía serena sobre los callaos. Estos, llevados y traídos por el abanico blanco de las olas, cantaban su canción eterna, canción con reflejo sonoro de truenos lejanos.

Hoy todo aquello es puerto, puerto que —por paradoja— cuanto

mayor se hace más pequeño resulta para las necesidades de la Isla que crece y crece en todos los aspectos. En el tema de playas para la ciudad tras Las Teresitas están escondidas las de Las Gaviotas, Antequera —maravillosa en la quebrada geografía de Anaga— y las numerosas de Taganana. Todas son promesas de un futuro, pues, no lo dudemos, las playas de ayer son sólo parte de un pasado ido para siempre y del que queda, profundo, el recuerdo y la nostalgia.

Por Antequera y Taganana, Santa Cruz tiene buena reserva de playas con futuro, playas que, rodeadas de silencio, sólo esperan el momento preciso de llegar a ser, a dar todo lo que de ellas se espera. El porvenir está, sin duda, en las escondidas y tranquilas playas que se extienden sobre la radiante soledad absoluta de aquella costa valiente y acantilada. Donde las olas rezuman sal y sol, son hitos que señalan unas metas trazadas con visión de futuro, con visión de lo que Santa Cruz espera de los colgados caseríos.

Anecdotario  
Chicharrero

## EL CHANCLO O ZAPATO DE GOMA

DIEGO SAMBLAS

**L**A pasada semana, estando yo de mirón ante las obras que se estaban realizando en el solar situado junto a la «Casa del Libro», en la calle Cruz Verde, un amigo me tocó en el hombro y me preguntó:

—¿Te acuerdas de «El Rincón», el bar que tenía aquí Pepe Cos, en el que por una peseta te podías tomar un par de cañas de manzanilla fina, con sus dos platos de ricas tapas?

—Claro que me acuerdo. De eso no hace tanto tiempo.

—Unos cincuenta y pico años, más o menos —me replicó—. Parece mentira que en esta calle, de tan corta extensión, hubiese de casi todo: librerías, peluquerías, limpiabotas, hoteles, dulcerías, fruterías, camiserías, zapaterías, ultramarinos, sastrerías, farmacias, dentistas, tejidos, bazares indios, tabaquerías, bares y no recuerdo cuántas cosas más —enumeró con nostalgia mi interlocutor.

—No te olvides que esta calle, una de las más típicas de la ciudad, fue conocida antiguamente por la de las Tiendas —le recordé.

—Efectivamente, llevas razón, así la denominaban. A «El Rincón» —siguió contando mi circunstancial amigo— solía acudir con bastante frecuencia un señor algo mayor, llamado don Tomás, que se dedicaba a la exportación de tomates a Inglaterra. Algunas noches asistía acompañado de una hermosa y joven mujer, conocida por Nati, la que al hablar no ocultaba su gracia y acento andaluz. Decían de Nati, las malas lenguas, que después de pertenecer a un terrateniente del norte de la isla tinerfeña y a otros varios personajes, sin perjuicio de los devaneos furtivos que se autorizaba, vino al poder del exportador, o éste al poder de ella, que es lo más exacto.

—¿Y era guapa esa Nati? —le interrumpí yo.

—Lo que se dice guapa, guapa, no; pero sí una mujer vistosa y sexualmente deseada. Valga la verdad la mujer de don Tomás, pues éste era casado, era mucho más bonita e inteligente que Nati. Casi siempre ocurre que la esposa suele ser mejor que la querida y uno no llega a explicarse cómo los hombres nos volvemos locos por estas últimas, relegando a un segundo término a la mujer propia e incluso negándole hasta el más nimio capricho.

—Es verdad —corroboré—. Yo recuerdo haberle oído contar a una amiga de casa, cuyo marido tenía una

querida con la que se gastaba una fortuna, que una vez fue a comprarse un vestido en una tienda y al preguntarle a su consorte la opinión respecto al traje, éste le dijo: «No sabría decirte si te queda corto, mujer; lo que sí sé es que el precio me queda grande a mí».

—Esta Nati, si te interesa la historia, claro, me dijo el amigo.

—Sí, sí; continúa —insistí con bastante interés.

—Pues la tal Nati, cuando se tomaba unas copitas, sacaba a relucir su carácter desigual, brutalmente soberbio, que gustaba y dominaba al exportador.

—¿Y era habladora? —quise averiguar yo.

—¡Uf! Meter baza en una conversación de ella era tan difícil como enhebrar la aguja de una máquina de coser en marcha.

—Menudo elemento, entonces.

—No lo sabes tú bien. Una noche yo fui testigo de una escenita, que ya... ya... Don Tomás fue a darle un beso en la mejilla y Nati, frunciendo el entrecejo, disgustada de aquella caricia, que por venir de un viejo no debía de serle agradable, ante todos los que nos encontrábamos presentes le dijo rechazándole:

—¡Quita, quita! No me sobes más. Bastante me sobastes ayer tarde. Me tuve que lavar cuatro veces. Eché sobre mí un frasco entero de perfume y todavía a las doce de la noche me olía a mí misma mal.

—Olor de tabaco —le contestó él.

—No; el olor del tabaco me gusta. Olor de viejo.

—Tú quieres creer —me siguió diciendo el amigo— que esa salida brutal no despertó la indignación de don Tomás como era de presumir. Soltó una carcajada y le dio una palmadita cariñosa en un muslo, al tiempo que le decía:

—Pues no me salen baratos los besos.

—Tampoco —me comentó el narrador— esta cínica réplica alteró a Nati, que en el mismo tono de mal humor dijo:

—Ya lo creo. Y cuantos más años tengas, más caros te irán saliendo...

El diálogo que sosteníamos mi amigo y yo fue interrumpido por una señora que él conocía y que, por lo que pude intuir, hacía mucho tiempo no se veían. Fui presentado como escritor de anécdotas chicharreras, al parecer, una rara especie para la dama, dada la forma en que me miró, y cuando ésta se despidió le dije a mi

amigo:

—Acabo de descubrir que la vida del hombre se divide en tres etapas: la juventud, la madurez y la época en que la gente, como la señora que me acabas de presentar, nos dicen: ¡Caramba! ¡Qué buen aspecto tienes!

El amigo casi me pega.

—¿De qué estábamos hablando? —me preguntó.

—De don Tomás, el exportador de tomates —le respondí.

—Es verdad. ¡Qué memoria la mía! —exclamó dándose un golpe con una de sus manos en la frente—. Te iba a contar que una tarde apareció don Tomás por «El Rincón», a ver si allí estaba la cartera que había perdido y que, al parecer, contenía una importante suma de dinero. El decía que Nati se la había robado y la puso, ante los clientes que en aquellos momentos nos encontrábamos en el bar, como chupa de dómene; o sea, como un trapo, que es como vulgarmente se dice. Al rato, cuando más desesperado estaba don Tomás, apareció por el establecimiento el «Portugués», un taxista que le había conducido desde el Banco Hispano Americano a casa de su querida.

—¿Qué traes? —preguntó al chófer.

—Esto, don Tomás, que sin duda debe ser suyo —dijo presentándole la cartera perdida.

—El exportador se apoderó de ella, la abrió prontamente, y sacando los billetes que contenía, se puso a contarlos. Cuando concluyó, dijo:

—Está bien: no falta nada.

—Tú quieres creer, Diego, que no tuvo siquiera el gesto de invitar a una copa al taxista, a pesar de no haberlo gratificado siquiera con unas pesetas. Todos los allí presentes nos quedamos de una pieza. La tensión reinante fue rota por Ignacio, el camarero del cabaret «Fefe», que dijo sonriendo:

—Don Tomás, hoy está perdiendo todo... la cartera... un chanclo... —ya que observó que el exportador sólo llevaba un zapato de goma.

—No, señor —repuso sencillamente don Tomás.

—Pero... ¿no es un poco extraño andar con un chanclo sólo?

—De ninguna manera. Sólo uno de mis zapatos tiene la suela agujereada.

Menos para su querida, para todos los demás, incluso para él mismo, era, el don Tomás de nuestras entretelas, muy fuerte tacaño.

¡Felices Navidades!

De domingo  
a domingo

## PACUAS MAS O MENOS FELICES

FRANCISCO AYALA

**E**STAMOS en vísperas de Navidad y es momento para dejar aparcados los temas polémicos, que no sólo de polémica vivimos los periodistas. Es hora de hacer que lleguen nuestros deseos de paz y felicidad a todo el mundo, incluso a la oposición, con que hay que contar no sólo en política, sino en todos los órdenes de la vida. Lo que pasa es que hay oposición constructiva y de la otra, que es la que ejercen esos empedernidos practicantes del deporte nacional de la envidia.

Y, como dicen —los que dicen mal— que la caridad bien entendida empieza por uno mismo o, por extensión, por la propia casa, este deseo, muy sincero, va, en primer lugar, al editor y director de este periódico y, sin embargo, querido y viejo amigo, que diría el recordado Luis Alvarez Cruz, José Rodríguez Ramírez, quien ha sufrido un inoportuno susto, aunque todos los sustos son inoportunos, justo en las proximidades de estas fiestas familiares. José Rodríguez celebraba la epifanía —que decía mi querido maestro Ernesto Salcedo— de este periódico reconvertido, cuando su físico le pasó la factura del tremendo esfuerzo. Pero, afortunadamente, no fue una factura de grandes cifras y a nuestro director lo tenemos, felizmente convaliente, en su casa y dispuesto a volver a la brega. Como dicen que no hay mal que por bien no venga, José Rodríguez, por lo menos, se comerá este año el turrón con la tranquilidad que da el descanso y el apacible entorno familiar.

Dando un salto fuera y repasando, en el mundo de la política, quienes más necesitan ahora mismo esa paz y esa felicidad, me voy, en primer término, al hogar de otro querido amigo a quien muchas veces, una de ellas recientemente, he dirigido críticas a su gestión. Pero este amigo ha sabido siempre separar lo que son afectos y lo que es cargo público en cuanto a vulnerabilidad criticable. Me estoy refiriendo a José Emilio García Gómez, con cuya línea política puedo no estar de acuerdo, lo cual no quiere decir que esté en total desacuerdo, pero nadie puede negarle su espíritu combativo, su talante de líder, su enorme preocupación por las cosas de la ciudad, de la isla y de la región, su obra meritoria y su gran

capacidad de trabajo. Canarias no puede permitirse el lujo de perder a gestores de la talla de José Emilio García Gómez, en el Gobierno, en la oposición o donde sea, porque ellos son piezas imprescindibles que necesitan para moverse esa máquina imparable de la política.

A José Emilio, que lo está pasando muy mal, le reitero esos deseos de paz y felicidad, que me temo quedarán sólo en deseos. Y aunque diga que comparto su preocupación y su angustia, ya se sabe que nadie puede comprender exactamente los sufrimientos de los demás hasta que los experimenta personalmente. Aunque, al parecer, nadie ha podido vencer a José Emilio para que desista de su decisión de dimitir de sus cargos municipales, confío en que el tiempo mitigue su mal y le haga reflexionar. El no es ningún Alfonso Guerra, con un hermano prevaricador y «chorizo» administrativo. Si sale de la política, que nadie lo quiere, lo habrá hecho por la puerta grande. Pero espero que no atraviese esa puerta.

Dentro de este mundo de la política, otra persona, muy próxima, además, a José Emilio García, es de las más necesitadas de esa paz y esa felicidad en las presentes fiestas. Estoy refiriéndome a Manuel Hermoso, con quien frecuentemente he discrepado en el puro terreno de la gestión, pero a quien me liga un afecto de muchos años, que empezó con su padre, don Manuel, una de las personas más nobles, generosas y bondadosas que he conocido.

Manuel Hermoso ha pasado, hace poco, por el trance amargo de la grave enfermedad de uno de sus hijos, hasta el punto de verse obligado a dejar temporalmente la Alcaldía y el Parlamento. Como en el caso de José Emilio, sólo puedo decir que quiero compartir su dolor, felizmente superado con la mejoría del enfermo, y que espero verlo otra vez en primera línea porque es otra de las piezas imprescindibles de aquel engranaje que decía. Y aquí puedo exclamar como lo forofos del Betis, «man que pierda» (un servidor) y tenga que criticarlo de nuevo.

Y, aunque otros lo precisen más o menos, también felices Pascua «a todos los que me estarán escuchando».